

Hugo Bouter

# El Evangelio en pocas palabras

*«Porque tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo unigénito, para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna».*

Juan 3:16

---

## Siete aspectos del Evangelio de la gracia

Este conocido versículo bíblico es, de hecho, un resumen de la verdad del Evangelio. Aquí encontramos nada menos que siete aspectos que ofrece sobre las Buenas Nuevas:

(1) En primer lugar, la verdad importante sobre Dios, es decir, sobre la Persona más sobresaliente del cielo y de la tierra. Se le presenta como Aquel que actúa, da y ama. Está en el principio de todas las cosas: de la creación y del mundo del hombre. Al fin y al cabo, este ha sido creado a Su imagen y semejanza. Pero Dios es también el origen de nuestra salvación, de la redención, de una nueva creación. Él es el Primero y el Último, el Dios Eterno del universo, el Alfa y la Omega.

(2) A continuación, tenemos el sorprendente e incomparable amor de Dios. La mayor devoción y abnegación concebibles que puedan hallarse en el universo. El amor de Dios no es comparable a nada. Se trata de un amor y una entrega completamente desinteresados que Él nos ha revelado en Cristo. En Dios vemos que Él es luz y amor. Este es también el tema de Juan en su primera epístola (1 Jn 1:5; 4:8, 16). La luz y el amor están en equilibrio con Dios. Su santidad y justicia no entran en conflicto con Su amor, gracia, misericordia y compasión.

(3) Luego vemos cuál es el objeto de este amor divino: el mundo. El mundo del hombre, el mayor número concebible de personas, nada menos que miles de millones. El amor de Dios alcanza a las personas, a toda la humanidad, pero no al sistema mundial malvado y hostil controlado por Satanás, quien es el «príncipe de este mundo» (Jn 12:31; 14:30; 16:11; Ef. 6:12). Este sistema mundial surgió después del Diluvio y de la introducción de la idolatría una vez terminado el episodio de la construcción de la torre de Babel. Desde entonces, dicho sistema se opone al único y verdadero Dios.

El mensaje y el ministerio de la reconciliación se aplican siempre a los individuos, aunque Israel, como pueblo de Dios, ocupa un lugar especial en la oferta de la gracia divina. El anuncio del Evangelio alcanza primero al judío y luego al griego (Rm 1:16). Así que Dios, en Cristo, alcanzó al mundo de los hombres – y todavía lo hace –, pero no así al mundo como sistema satánico – esto nunca sucederá. Por lo tanto, en este sentido el mandamiento «No améis al mundo ni las cosas del mundo» es válido para quienes somos cristianos (1 Jn 2:15). El ministerio de la reconciliación incluye el ministerio de los apóstoles (2 Co 5), y los muchos siglos en los que la Buena Nueva se ha hecho eco – y se hace – en este mundo.

(4) Dios es un Dios que da. Hablamos del acto más singular imaginable con el que expresó Su gran amor. Fue un acto amoroso con tremendas consecuencias para nosotros y la creación entera, y continuará en un futuro lejano. Dios es el gran Dador. Gracias sean a Él por Su don inefable (2 Co 9:15). Esta es hoy la norma de nuestra vida cristiana: dar amor y servir con amor. La cruz es la prueba definitiva de ello.

(5) ¿Qué nos ha dado Dios? El mayor regalo que podamos concebir, lo más preciado que poseía: Su Hijo unigénito. La palabra «unigénito» tiene el significado de *único* (Gn 22:2). Es Su propio Hijo, el Hijo del amor del Padre (Hch 20:28; Col 1:13). Dios ni siquiera le perdonó, sino que le entregó por todos nosotros.

(6) ¿A quién está destinado este don de amor, y bajo qué condición podemos participar de él? Está destinado a nosotros, del cual podemos tomar parte bajo la condición más fascinante que hayamos conocido, como es una fe sincera depositada en la gran obra salvífica de Dios. Nuestras buenas obras no van a poder salvarnos, pero mirando a la cruz de Cristo hay vida y salvación. La salvación se cumple en virtud de la fe en el Crucificado, en Su obra consumada y en Su resurrección de entre los muertos.

(7) ¿Y cuál es el glorioso resultado de nuestra confianza y fe en el Salvador del mundo? El mayor favor concebible de parte de Dios hacia el hombre perdido y pecador se traduce en que no perecemos, sino en que tenemos vida eterna. Por un

lado, esto significa que somos salvados del lago de fuego y de la destrucción eterna en las tinieblas exteriores. Por otro, señala una perspectiva de futuro asombrosa para todos los que creen. La posesión de la vida eterna es el resultado más glorioso de la salvación en el que podemos pensar. Porque esto es la vida eterna, que podamos conocer al Padre y al Hijo, estar en la presencia de Dios y adorarle; vivir en la atmósfera de la gloria eterna de Dios. La vida eterna es la porción del creyente que tiene el Espíritu Santo en su interior (Jn 17:3; 1 Jn 5:13). Tal persona ha pasado de la muerte a la vida (Jn 5:24).

---

